



Dewey, J. (1995) *Democracia y Educación*.  
Ed. Morata, Madrid, 319 pp.

Esta obra fue publicada originalmente en 1916 y se edita con la versión española de Lorenzo Luzuriaga. Es el propósito editorial iniciar con ella una nueva colección bajo el lema Raíces de la memoria.

Curiosamente, dentro del debate actual sobre la educación en sus vertientes mesotéricas, la relectura de la obra de J. Dewey produce una sensación de serenidad y sentido común que difícilmente se percibe con la lectura de autores más modernos. El punto de partida filosófico, por su obviedad no es menos fundamental: la educación es una necesidad de la vida humana, antes que problema institucional, curricular, profesional, político o ideológico, asociado a la necesidad de comunicación interhumana para alcanzar el modo de vida propio de la especie. De ahí la diferencia sustancial entre los procesos educacionales consecuencia del vivir con los demás y los que se contienen en los procesos deliberados y públicos de influencia planificada sobre el comportamiento. Este ámbito segundo fagocita frecuentemente, en su nivel secundario, los procesos aquellos primarios y decisivos para la adquisición del sentido y el significado humano de la vida, mediante la experiencia compartida.

De ahí que para Dewey el pórtico de la teoría de la educación sea el significado del medio ambiente y no la crítica institucional, la imitación y no el currículum. Sólo a partir de ahí adquiere su significado la educación como *preparación y disciplina formal*. Si es la condición de actor social lo que revela el significado de los procesos educacionales, no será la idea de transmisión sino la renovación, la del método consciente y no la rutina conservadora, la clave del pensamiento pedagógico. Baste aludir a la idea de que no es la perspectiva del cultivo de las facultades *ya hechas*, sino la de la creación de la facultad de actor que se fomenta mediante los contenidos, el aspecto decisivo de la formación, para calibrar la riqueza y la importancia de esta obra.

En la actualidad, en muchas ocasiones, la teoría de la educación se construye sobre *ocurrencias* de autores, y puntos de vista personales. Dewey propone pensar sobre la educación filosóficamente desde un criterio compartido por cualquier educador, padre o profesor, tomando como norte un sistema de valores globales, como la democracia, respecto a lo cual deberían ser hechas ciertas cosas, deben tomarse recursos para hacerlas, y deben ser removidos ciertos obstáculos. Son los fines los que orientan las observaciones, las decisiones y los planeamientos. En este sentido, Dewey subraya algo tan obvio y que muchos olvidan, que la educación no tiene fines porque es un concepto o un proceso que promueven los actores, los cuales son los verdaderos poseedores de finalidad. Es magnífico el análisis fenomenológico de la finalidad educativa que se describe en el capítulo VIII. Pero idéntica importancia tiene el capítulo referido al método pedagógico.

La obra de Dewey sigue siendo un programa de investigación para la construcción del campo de conocimientos pedagógico desde sí mismo, desde la configuración de los fenómenos humanos que la componen.

Es obra de lectura obligada de cualquier especialista en Pedagogía. Hecho de menos una presentación histórica de la obra que sitúe y oriente al lector respecto a la importancia histórica de la misma. Esta introducción será recomendable para todas las obras *clásicas*

que se editen en la serie.

*Joaquín García Carrasco*

---

© Ediciones Universidad de Salamanca.